

En el fondo de sus ojos claros guardaba imágenes infinitas. Sus neuronas — incontables granos de quinua — las habían ordenado y almacenado. Pero ahora la fiebre hace que los recuerdos se agolpen desordenadamente, llenando por completo sus retinas.

Por eso no reconoce a los que se afanan en torno suyo, porque el no es ese ser doliente y mutilado, sino un joven completo y robusto que viaja por el Caribe: Panamá, Cuba, México. Un joven de 22 años y tersa piel, que llega a un pequeño país de volcanes y lagunas. Un país campesino a cuyos habitantes les tope no logra explicarse, el don de la palabra en ningún lugar las mil veces fueron cantadas como en esas comarcas.

Puede ver claramente la playa de Ponedoya al atardecer, con el sol que se hunde reverberando en las espigas de las palmeras mientras él se baha en las tibias aguas del Pacífico. En las isletas de Granada le ofrecen mangos verdes con sal. Recorre las calles viejas de León. Se dirige a las sierras de Las Segovias donde encuentra al Ejército Defensor de la Soberanía Nacional y al General de Hombres Libres, ese hombre enano y de apariencia frágil, que le enseña sin embargo la persistencia, la confianza en el triunfo y la paciencia.

No reconoce porque quienes lo rodean están evidentemente en un error. El no es ese anciano añoso y agónico, sino un joven combatiente contra el imperialismo más perfido y soberbio, contra la política del gran garrote y la diplomacia de las cañoneras, contra el invasor de esta tierra pequeña, que ya es suya, cuyos poetas campesinos combatientes lo acogen, lo adoptan y le enseñan las viejas tonadas para enamorar a las jóvenes: "Tus pechos cántaros de miel..." y le invitan a comer el bajo.

Como prueba de su extrema confianza, el General de Hombres Libres lo hace su secretario y le encomienda difíciles misiones. Es joven, fuerte y revolucionario.

REVOLUCIONARIO Y PROLETARIANOS

Quizá el ser hijo de yugoslavo y de peruana, nacido en Huánuco, le diera ese arraigo en la patria y a la vez esa apertura al mundo, ese deseo de desplegar las alas y viajar. Cuantos relatos de lugares lejanos escucharía su infancia. Y aunque no hubieran hablado historias, el sentirse cogido entre dos mundos forjó quizá su vocación de peregrino. La dictadura de Leguía le dio tan sólo el primer impulso.

Durante los febriles, extraordinarios años 20, nació su vocación revolucionaria en Lima, primera estación en su peregrinaje. Con la revolución mexicana, América Latina volvía a despertar, y en Rusia despuntaba un mundo nuevo. Al calor del naciente movimiento obrero y en contacto con intelectuales de la talla de Mariátegui, sus convicciones cuajaron y se fortalecieron.

Pocos años después murió Mariátegui, Sandino fue traicionado, Farabundo Martí y sus macheteros cayeron derrotados. Pero para entonces el joven se había convertido en algo así como una de esas plantas resistentes a la sequía: un maguay del



Adiós a don Esteban

¿Cuándo muere un revolucionario? La victoriosa batalla final de Esteban Pavletich.

Carlos Iván Degregori

Huallaga, un algarrojo de los desierto costeno o un dátilero, capaz de sobrevivir en las condiciones más adversas. El general y su ejército le habían inculcado esa terquedad campesina, imperdurable. Y supo persistir.

Por eso ahora que avanza por la Mamega de Santo Cristo, tiene que abrirse paso entre hostes que de banderas. Por momentos se sentía como esos soldados de la película, marchando pesadamente sobre la nieve o la arena,

concentrando todas sus fuerzas en dar el siguiente paso, y otro, y otro, rumbo a una meta incierta que no llega a avizorarse en el horizonte.

Pero había aprendido las virtudes del combatiente revolucionario: la persistencia y la solidaridad, el internacionalismo que sirve siempre de brújula, como la Cruz del Sur para los antiguos navegantes. Y pudo persistir durante décadas.

De cuando en cuando caían

chaparrones refrescantes. La diestra nazi, la victoria de Cuba, las grandes rebeliones campesinas en su patria, que le daban fuerzas para soportar amargas derrotas: Javier Herzud, Luis de la Puente, Ernesto Guevara.

Cuando sus miembros fueron caecando como las ramas de un árbol añoso, la inmovilidad no lo detuvo. Permaneció al frente del Comité Peruano de Solidaridad con Nicaragua y luego del Comité de Solidaridad con los

Pueblos de América Latina y el Caribe, porque un hijo de Sandino no se vende ni se rinde.

Por eso ahora que traspasa las puertas de El Angel, la juventud se arremolina en torno suyo. Los mineros de Huámpar, en fila con sus cascos de colores y sus rostros curtidos, los estudiantes, los militantes de la izquierda que le dicen cantándole: "Agrupémonos todos en la lucha final".

UN COMBATIENTE DEL PUEBLO NUNCA MUERE

Felizmente esos años duros en el lecho fueron propicios y la lluvia lo vivificó con más frecuencia. Cuando se creía todo consumado, los hijos de Sandino — sus hijos — parecieron renacer de sus propias cenizas y avanzaron golpeando hasta ofrecerle ese triunfo logrado con tanta sangre, como un regalo de esperanza para todos los pueblos y en especial para él, que siempre fue uno de los suyos.

Y en su patria, las nuevas generaciones se alzaban también al combate, el recuerdo de Mariátegui se hacía presencia viva en miles de pechos y como en una avalancha se sucedían los grandes paros, las tomas de tierras, las largas marchas de sacrificio, se desarrollaba el movimiento intelectual y la solidaridad internacional, que lo hacían sentirse más orgulloso que nunca de su patria y lo ayudaron a vencer en su última batalla.

Se sentía otra vez parte de un ejército. Un ejército que después de haber vagado 50 años por desiertos y montañas, regresaba, andrajoso y cansado pero invicto y sediento de victoria. Se sentía miembro de esa multitud descrita por Florian, que afirma: "a pesar de los golpes, / y, a pesar de los palos, / y, a pesar de las uñas, / y, a pesar de los hierros, / y, a pesar de las lágrimas, / y a pesar del espanto, / y, a pesar de la muerte, / firmes, / arrebataados, / a prueba de suplicios, / a prueba de quebrantos, / sólidamente unidos, / espartanos, / impávidos, / épicos, / invencibles, / hazañosos, / estamos".

Y logró persistir hasta el final. Por eso en esta tarde soleada no hay congoja en el aire sino cantos, puños alzados y banderas al tope que flamean al viento. El grito "Somos libres" adquiere su verdadera dimensión y su sentido más auténtico mientras la multitud avanza por estrechos senderos flanqueados de mármoles, cargando en hombros al internacionalista, entre himnos, consignas y pétalos de flores. Es la victoria final del combatiente, es la vida que fluye como un río triunfante, rabiosa, desafiante y eufórica, más rotunda que nunca.

Y mientras penetra en su última morada, miles de manos arrancan en aplauso sonoro, interminable. Por sobre el estruendo una voz femenina se eleva preguntando: ¿Cuándo un revolucionario muere?" Y un rugido respondió: "¡Nunca muere." Y otro: "¡Patria o muerte: Venceremos!" Y todavía otro final, definitivo: "¡COMPASERO ESTEBAN PAVLETICH: PRESENTE!"

Y así, al atardecer, apalullada, sepultada bajo el bullicioso mar de aplausos, la muerte quedó definitivamente derrotada.